EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII — DECANO DE LA PRENSA LOCAL — Núm. 9647

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

JUEVES 28 DE DICIEMBRE DE 1893.

CONDICIONES:
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jonin, Faubourg Montmartre, 31.

M.me LEONIE BRIOTÍN.
Modista de Sombreros de París
Llegará en la próxima semana
PLAZA DEL REY, 16, PRINCIPAL.

MUSEO COMERCIAL
EXPOSICIÓN PERMANENTE Y VENTA EN COMISIÓN DE PRODUCTOS INDUSTRIALES

Sección agrícola: Arados.—Azufradores para la vid.—Taponaderas.—Ingertadoras.—Bombas.—Norias.—Muebles para jardín.—Jarrones.—Guano insecticida.—Herramental completo para la agricultura.

Minas y Maquinaria: Máquinas y calderas de vapor.—Bombas.—Vías férreas.—Wagones.—Tuberías.—Tornillaje.—Cubas.—Cables.—Desincrustante.—Manufacturas de cautchuc y amianto.—Crisoles.—Candiles.—Barrenas.—Picos.—Legones.—Etc., etc.

Construcción: Chimeneas, pilas, escaleras y demás manufacturas de mármol.—Sifones, inodoros, tubos y codos de hierro para aguas y retretes.—Mosáicos y demás productos hidráulicos de mármol artificial.—Ladrillo hueco, teja plana, balaustres, remates y jarrones de barro cocido.—Papeles pintados. Mayólicas, etc., etc.

Mobiliario: Sillas.—Cómodas.—Mesas.—Camas.—Espejos.—Estufas.—Cajas de caudales.—Básculas, etc., etc.

PASAJE DE CONESA.—PUERTA DE MURCIA

LITERATURA EXTRANGERA.

El evangelio según San... Perrault

—Entonces, repitió Simoneta después de haber sacudido con un movimiento de impaciencia infantil su cabellera rubia y enbrujada—entonces... pero ya no me acuerdo en qué íbamos.

Pues íbamos en lo más interesante de la historia. Cuando vienen los tres reyes magos montados en camellos á visitar al niño Jesús.

—¡Ah, sí, pero es preciso que vuelva á empezar!

—Como tú quieras, Simoneta.

Y en tanto que el dueño de la casa, jugaba su partida de costumbre con el buen cura y que la mamá se agachaba á avivar el fuego, cosa que hacía por el gato y por mí,—sobre todo por el gato que turnbado en la tarima aprobaba con su *rón—rón* la delicada atención de su ama—Simoneta, una preciosa niña que cumplía cuatro años en la primavera próxima, comenzó á referir de nuevo una extraña historia, en la que aparecían mezclados por obra y gracia de su imaginación, el Evangelio, los cuentos azules de la nodriza y las lecciones del señor cura.

—Entonces el niño Jesús acostado en el pesebre, sobre la paja, tenía mucho frío, y tal vez hubiera muerto á no ser por el buey y el asno, que con sus resoplidos le daban calor.

El niño Jesús se encontraba en la mayor pobreza... Pero hé aquí que un día, un día muy hermoso se oyó en el aire gran ruido de trompetas y músicas. Eran los tres reyes magos que llegaban guiados por la estrella. Los reyes magos, como son tan ricos regalaron al niño Jesus un tarro de manteca, una galleta, muchos juguetes y tesoros y un bonito sombrero rojo para que se librara de los rayos del sol durante el verano. Y el niño Jesús decía:

—Cuando yo sea mayor distribuiré mis tesoros á todo el mundo, para que no haya en la tierra niños ni viejos que tengan frío como yo lo he tenido.

Pero el señor de aquel país, un ogro llamado Barba-Azul, tuvo celos del niño Jesús y envió por todas partes hombres muy malos para que le buscaran y le mataran y entonces María y José montaron al niño Jesús en un borriquillo y se lo llevaron lejos, muy lejos... Y entonces...

Aquí la señorita Simoneta vaciló. Sus ojos extremadamente abiertos, su entrecejo fruncido eran pruebas evidentes del violentísimo trabajo que su cerebro realizaba. Por fin al cabo de algunos momentos de esfuerzo intelectual y después de sonreir al gato y de acariciarle siguió así el hilo de su historia:

«María y José habían dejado á la abuelita en el pueblo porque era un poco vieja y ya no podía andar. Pues bien, el Niño Jesús se detuvo cerca de un arroyo y se llenó los bolsillos de piedrecitas blancas que iba dejando caer por todo el camino porque decía»: «De este modo sabré por donde vine y podré ir á abrazar á mi abuelita sin temor de extraviarme.» Un día mientras dormían sus padres y el asno rebuznaba atado á un arbol, el niño Jesús cogió de la alborda el tarro de manteca y la galleta, se puso su sombrero rojo y emprendió la caminata. Andando, andando, llegó al bosque y encontró al compadre lobo, un lobo todo negro que tenía unas botas, gracias á las cuales corría siete leguas en el tiempo en que una persona daba un paso.

«¿A donde vas niño Jesús, con ese sombrero rojo tan bonito?»

Voy á llevar á mi abuelita este tarro de manteca y esta galleta y atravieso por el bosque porque por el camino hay hombres malos que envía el ogro para que me maten.»

El lobo quería desde luego comerse al niño Jesús, pero no se atrevió por que vió á un leñador que pasaba por allí armado con su hacha.

Entonces preguntó el lobo:

—¿Y vive tu abuela muy lejos?

—¡Oh, sí! por detrás de un molino que hay allá abajo en la primera casa del pueblo.

Enseguida el lobo echó á correr y gracias á sus botas desapareció al instante de la vista del niño Jesús que se alegró mucho, porque tal compañía no le agradaba.

Al verse solo sintió hambre pero no quiso tocar á la galleta ni al tarro de manteca y cogió fresas que había sobre el césped y ciruelos de un vallado inmediato.

Luego se divirtió mucho en el bosque que estaba lleno de pájaros y de flores y de mariposas y en el cual había grandes lagartos con la piel bordada de perlas.

El niño Jesús corrió tras las mariposas hizo ramilletes de flores y trató de acariciar á los lagartos, pero los lagartos se escondieron enseguida.

Después vió pasar al Príncipe encantado vestido con un trage de color de sol y á muchas hermosas hadas que llevaban haces de ramas secas.

Por último, estuvo jugando con los siete niños que el leñador y la leñadora acababan de perder...

Y sucedió que el niño Jesús, digo no Pulgarcillo.

—Tú te equivocas,—dije interrumpiendo á Simoneta.

—No me equivoco—contestó.

Sucedió que el niño Jesús entretenido en jugar se olvidó de su abuelita, y era ya de noche cuando llegó cerca del molino, después de pasar el puente de la exclusa.

El niño Jesús llamó á la puerta de la casa cuando el lobo estaba ya dentro acostado en la cama de la abuelita.

Tán, tán.

¿Quién está ahí?

Soy yo, el niño Jesús que te trae de Egipto de parte de los reyes magos una galleta y un tarro de manteca.

Empuja la puerta y entra, dijo uno.—Simoneta dejó de hablar.

Como sucede á todos los niños que fatigan mucho el pensamiento, iba dormiéndose, escuchando sus propias palabras.

Hizo de pronto un supremo esfuerzo, abrió desmesuradamente los ojos y movió los labios, pero de estos salían frases cortadas por largos silencios.

«Pon la galleta sobre la artesa y acuéstate conmigo.»

El niño Jesús se desnudó.

¡Abuelita, qué ojos tan grandes tienes!!

Son para verte mejor.

Abuelita, ¡qué dientes tan grandes tienes!

Son para comerte.

Y entonces el lobo se arrojó sobre Jesús.»

—¿Qué es lo que dice esa charlatana? —exclamó el buen cura, que acababa de perder una partida.—Me parece que está mezclando la historia del Salvador del mundo con el cuento de «Caperuza encarnada.»

—Y entonces,—repitió Simoneta,—el lobo se arrojó sobre el niño y se lo comió.

Al decir esto, se quedó dormida con los puños cerrados mientras el gato se desperezaba aproximándose á las cenizas en busca de más calor y en tanto que yo exclamaba dirigiéndome al buen cura:

—¡Quién sabe! Los niños ven á veces más claro. ¿Está usted completamente seguro de que el lobo no se comió á Jesús. Jesús traía la paz sobre la tierra y la paz no existe. Jesús quería acabar con la miseria, y la miseria abunda cada día más. Simoneta tiene razón. El niño Jesús fue comido por el lobo... ¡Y esto sirve de lógica explicación á muchas cosas!

PAUL ARENE.

21 de diciembre 93.

(Prohibida la reproducción.)

TIJERETAZOS

El Correo dice con la mayor frescura que el gobierno, hasta ahora, considera á salvo el prestigio de España y del ejército en Melilla.

Pues es el único que lo considera así.

La nación entera cree lo contrario. Y no es esa la más negra.

La más negra es, que fuera de España opinan lo mismo y algún periódico extrangero, al hacerse cargo de ese prestigio de que *El Correo* habla, dice que ya no tiene uñas el león español.

¿Qué le parece á *El Correo* el prestigio que alcanzamos por ahí?

* * *

A propósito de esos prestigios de que *El Correo* habla, telegrafían á un colega lo siguiente:

«Según noticias de buen origen, algunos generales que están en Melilla se proponen, cuando termine la campaña, publicar un manifiesto, explicando las verdaderas causas de la inactividad del ejército.»

Item: el general Martínez Campos ha escrito á un amigo diciéndole que ya hablará cuando venga á España por que ahora no puede.

Se conoce que cada uno trata de poner los puntos sobre las íes á esos prestigios que tanto envanecen á *El Correo*.

Y basta de prestigios.

—

Dicen de Tánger que los mismos moros se asombran de la paciencia española.

Nó nos faltaba más que eso.

Que después de engañarnos nos hicieran burla los moros.

* * *

Leemos:

«Los moros han pedido picos y azado

—Ahora id á buscarle, dijo el cazador á Heyward, y entretened á ese bandido hablándole: esos dos Mohicanos no apartarán de él, sin estrañarse nada de la pintura de su cuerpo.

—También puedo hacerlo yo, dijo Heyward con orgullo.

—Vos! Y que podeis hacer á caballo, contra un indio, entre las matorrales?

—Echaré pie á tierra.

—Y creeis que cuando vea uno de vuestros pies fuera del estribo, os dará tiempo para sacar el otro? Todo el que tenga algún asunto que ventilar con los indios en medio de los bosques, debe hacer lo mismo que ellos, si quiere salir bien de su empresa. Marchad pues, y hablad á ese tunante aparentando confianza, y que se figure que lo considerais como el mejor y más fiel amigo que tengeis en el mundo.

Heyward se dispuso á seguir este consejo, aunque la naturaleza del papel que iba á representar, repugnaba á su carácter franco. Mientras tanto, á cada momento se persuadía más y más de que su ciega confianza había colocado en una situación muy crítica á las dos damas que estaba encargado de proteger. El sol acababa de desaparecer, y los bosques privados de su luz (1) se cubrían de una profunda oscuridad,

[1] Esta escena tenía lugar en el 42° de latitud, en donde el crepúsculo es muy corto.

que le recordaba que la hora escogida ordinariamente por los salvajes para ejecutar los proyectos de una venganza sin piedad, estaba á punto de llegar.

Excitado por tan vivas alarmas, dejó al cazador sin contestarle, y éste entró en conversación en alta voz con el desconocido que con tan poca ceremonia se había unido aquella mañana á la cabalgata del mayor.

Al pasar al lado de sus compañeras, Heyward les dirigió algunas palabras para alentarlas, y vió con gusto que no parecían dudar de que las dificultades que se presentaban, obedecían únicamente á un accidente fortuito. Dejándolas creer que se ocupaba de averiguar que camino debían seguir, adelantó más, y detuvo su caballo delante del árbol en que estaba recostado el correo indio.

—Ya veis Maqua, le dijo, tratando de tomar un tono de confianza y franqueza, que ha llegado la noche, y que sin embargo no estamos más cerca de William-Henry que cuando dejamos el campamento de Webb á la salida del sol. Os habeis equivocado de camino, y yo no he tenido mejor éxito que vos. Pero dichosamente he hallado á un cazador, á quien podeis oir hablar ahora mismo con nuestro cantor; conoce todos los senderos y todos los escondrijos de estos bosques, y me ha prometido conducirnos á un sitio en donde podremos descansar en seguridad hasta el nuevo día.

cia, abrió su maleta, y sacando algunas provisiones se puso á comer, despues de haber echado en torno de sí una mirada de precaución.

—Está bien, dijo el mayor, el Zorro tendrá fuerzas y buenos ojos para volver á hallar el camino mañana por la mañana.

Se calló un momento al oir en las cercanías un ligero rumor de ramas agitadas, pero comprendiendo la necesidad de distraer la atención del salvaje añadió enseguida.

—Es necesario que nos pongamos en camino antes de la salida del sol, pues de otro modo podríamos hallar á Moncalm, y cerrarnos el camino del fuerte.

Mientras hablaba así, la mano de Maqua quedó inmóvil sobre su muslo: aunque sus ojos se habían fijado en tierra, su cabeza estaba vuelta hacia un lado, y hasta sus orejas parecían escuchar; se le veía en una inmovilidad completa, en una palabra, todo su aspecto era el de una estatua representando la atención.

Heyward, que vigilaba todos sus movimientos, desprendió despacio su pié derecho del estribo, y adelantó la mano hácia la piel de oso que tapaba sus pistolas de arzón con la intención de coger una, pero este proyecto fué burlado por la vigilancia del correo, cuyos ojos, sin fijarse en nada y sin movimiento aparente, parecían verlo todo á un mismo tiempo. Mientras dudaba sobre lo que debía hacer, el indio se le-